

REPRODUÇÃO DE TEXTOS

PARA QUE AMÉRICA SE DESCUBRA A SI MISMA

Eduardo Galeano

Desde el principio, fue una historia de equívocos. Colón murió convencido de que había estado en el Japón y li las costas de China. Y cuando se supo que I había llegado a una tierra que Europa no conocía, se llamo “descubrimiento” a ese sgalo dei azar.

Y desde entonces, los indios han sido y son condenados por el delito de ser. Apenas quatro años después de que Cristóbal Colón pisara por primera vez las playas de América, su hermano Barlolomé inauguró el quemadero de Haiti. Seis indios, culpables de sacrilegio, ardieron i la pira. Los indios habían enterrado unas estampitas de Jesuscristo y la Virgem, Pero ellos las habían enterrado para que estos nuevos dioses hicieran más fecunda la siembra dei maíz, y no tenían la menor idea de pecado o culpa

Tanto la leyenda negra como la leyenda rosa han multiplicado en los siglos siguientes los malentendidos que signaron el ingreso de América en la historia occidental. Los dos extremos de esta oposición, falsa oposición, nos dejan fuera de la verdadera historia, que poço o nada tiena que ver con la historia escrita por y para los vencedores. Tanto la leyenda negra como la leyenda rosa nos dejan fuera de la realidad. Ambas interpretaciones de la conquista de América revelan una sospechosa veneración dei tiempo pasado, fulgurante cadáver cuyos resplandores nos encandilan y nos enceguen ante el tiempo presente de las tierras nuestras de cada día. La leyenda negra descarga sobre



las espaldas de España, y en menor medida sobre las de Portugal, la responsabilidad dei inmenso saqueo colonial, que en realidad be-neficio en mucho mayor medida a otros países europeos, y que hizo posible el desarrollo dei capitalismo moderno. Espana tenía la vaca, pêro otros tomaron la leche, desde el ya lejano dia en que los banqueros genoveses contri-buyeron a financiar la primera expedición de Colón. La tan mentada “crueldad esparío-la” nunca existió: lo que si existió, y existe, es un abominable sistema que necesitó, y necesi-ta, métodos crueles para imponerse y crecer. Simetricamente, la leyenda rosa miente la historia, elogia la infâmia, llama “evangelización” ai despojo más colosal de la historia dei mundo y calumnia a Dios atri-buyéndole la orden.

La leyenda negra nos propone la visita ai Museo dei Buen Salvaje, donde podemos echarnos a llorar por la aniquilada felicidad de unos hombres de cera que nada tienen que ver con los seres de carne y hueso que pueblan nuestras tierras. Y la leyenda rosa nos invita ai Gran Templo de Occidente, donde podemos somar nuestras vocês ai coro universal, entonando los himnos de celebra-ción de la gran obra civilizadora de Europa, una Europa que se ha derramado sobre el mundo para salvardo.

Ni leyenda negra, ny leyenda rosa. Recuperar la realidad: ése es el desafío. Para cambiar la realidad que es, recuperar la realidad que fue, la mentida, la escondida, traicionada realidad de la historia de América.

En 1492, América fue invadida no descubierta, por la misma obvia comprobación de que en el ano 218 antes de Cristo Espana fue invadida, y no descubierta, por las legiones romanas. Pêro adernas, cabe afirmar que América no fue descubierta en 1492 por-que quienes la invadieron no supieron, o no pudieron, *verla*.

Si la vio Gonzalo Guerrero, el conquistador conquistado, y por haberla visto murió de muerte matada. Si la vieron algunos profetas, como los sacerdotes Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga o Bernardino de Sahagún, y por haberla visto la amaron y fue-ron condenados a la soledad. Pêro no vieron la América los guerreros y los frailes, los no-tários y los mercadores que vinieron en busca de veloz fortuna y que impusieron su religión y su cultura como verdades únicas y obligato-rias. El cristianismo, nacido entre los oprimi-dos de un império, se había vuelto instru-mento de opresión en manos de otro império que entraba en la historia a paso avasallante: el império europeo de Carlos V.

No había, no podia haber, otras religiones, sino supersticiones e idolatrias, y toda otra cultura era mera ignorância. Dios y el Hombre habitaban Europa; en el Nuevo Mundo moraban los demónios y los monos. El llamado Dia de la Raza inauguro un ciclo de racismo que América padece todavia. Muchos son, todavia, los que ignoran que allá por 1537 el Papa decreto que los indios esta-ban dotados de alma y razón.

Ninguna empresa imperial, ni las de antes ni las de ahora, *descubre*. La aventura de la usurpación y el despojo no descubre: *incubre*. No revela: esconde. Para realizarse, necesita coartadas ideológicas que conviertan la arbitrariedad en derecho.

Ya va siendo hora de que América se descubra a si misma. Este nece-sario descubrimiento, revelación de la cara oculta bajo las máscaras, pasa por el rescate de algunas de nuestras tradiciones más anti-guas. Es desde la esperanza, y no desde la nostalgia, que hay que reivindicar el modo comunitário de producción y de vida, fundado en la solidaridad y no en la codicia, la rela-ción de identidad entre el hombre y la nature-za y las viejas costumbres de libertad. No existe, creo, mejor manera de rendir homena-je a los indios, los primeros americanos, que desde el Ártico hasta la Tierra dei Fuego han sido capaces de atravesar sucesivas campanas de exterminio y han mantenido viva su identidad y vivo su mensaje. Hoy dia ellos con-tinúan brindando a toda América, y no solo a nuestra América Latina, claves fundamenta-les de memoria y profecia: dan testimonio del

pasado y a la vez encienden fuegos alumbradores del camino.

Yo no soy de los que creen en las tradiciones por ser tradiciones: creo en las herencias que multiplican la libertad humana, y no en las que enjaulan. Quando me refiero a las remoras vocês que desde el pasado nos ayudan a encontrar respuesta a los desafios dei tiempo presente, no estoy proponiendo la reivindicación de los ritos de sacrificio que ofrecían corazones humanos a los dioses, ni estoy haciendo el elogio dei despotismo de los reyes incas o aztecas.

En cambio, estoy celebrando el hecho de que América pueda encontrar, en sus más antiguas fuentes, sus más jóvenes energías. El pasado dice cosas que interesan ai futuro. Si los valores que los Índios reales, los indios vivos, encarnan todavia, no tuvie-ran más que un valor arqueológico, ellos no seguirían siendo objeto de encarnizada repre-sión, ni estarían los duenos dei poder tan inte-resados en divorcialos de la lucha de clases y de los movimientos populares de liberación. En nuestros dias, la conquista continua. Los indios siguen expiando sus pecados de co-munidad, libertad y demás insolências.

Publicado originalmente pela Revista **Casa de las Américas**, número 186, Habana, Cuba.

